

sea útil en Guipúzcoa. De paso cogeré á Peyrolles, y si en realidad Lagardère no ha pasado la frontera con su novia, no daría un ducado por su piel dentro de quince días.

Lo que no le impidió aceptar la escolta de veinticinco soldados que el Rey le concedió para ayudarle á agujerear aquella piel que tanto desdénaba en sus palabras, pero que en el fondo de su corazón siempre temía. Por eso solicitó del Monarca tal ayuda.

—Son cuatro—pensaba, porque ignoraba la presencia de Antonio:—Lagardère y Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Cuando me haya reunido con los míos seremos doble número, sin contar los soldados que llevo y que nos servirán de escudo. Para ellos habrá más coscorrones que bollos.

Si ellos hubieran sabido adónde los llevaban, tal vez habrían declinado el honor, no obstante ser el Rey quien los enviaba, ó, por lo menos, librándose de Gonzaga en cualquier despoblado.



## XIV

### La intrusa.

Ni Mabel ni Mariquita podían separarse de Lagardère en el estado en que se encontraba, sobre que la presencia de los *enrodados* en las inmediaciones exigía una vigilancia activa y precauciones incesantes para que no descubrieran su retiro. Decidieron, pues, no moverse del lado del herido.

—Lo malo es—dijo la joven—que permaneciendo aquí arriesgamos perder por mucho tiempo la pista de la señorita de Nevers, que acaso no esté lejos. Los novios, en vez de reunirse, se separaron de nuevo, quién sabe por cuántos días ó por cuántos meses.

—Escucha, hija mía—dijo Mabel tras larga y madura reflexión:—no podemos perder á éste en tanto que vamos á la busca de la otra. Más vale pájaro en mano... conservemos lo que tenemos, y que otros busquen por nosotros.

—Pero ¿quiénes?

—Tenemos donde elegir. Basta que tú des señas precisas y terminantes que no puedan dar lugar á errores.

La joven meditó.

—No he visto más que dos veces al señor de Chaverny: sin embargo, recuerdo sus facciones como si le hubiera visto ayer mismo. En cuanto á los otros, puedo dar pormenores preciosos acerca de sus personas, de su aspecto, de sus gestos, y hasta de sus voces.

—¡Muy bien! Vamos á destacar buenos sabuesos tras ellos, y mucho me engañaría si dentro de muy pocos días no los encuentran.

El chiquillo acababa de llegar. La *Madre* le encargó que fuese en busca de *Antor* ordenándole que se presentara con su mujer, sus dos hijos y su hija. Poco después llegaba la familia.

*Antor* era un gigante bronceado, de barba negra y facciones pronunciadas. En calma, parecía dulce como un cordero; pero en los momentos de cólera debía de ser terrible. Sus dos hijos se le parecían, y como él, eran capaces de matar un buey de un puñetazo. Helda, su mujer, era astuta y perspicaz, y su hija Pepita podía pasar por un prodigio de hermosura, aun entre las más bellas de Andalucía.

—Escuchadme—les dijo Mabel.—La misión

que voy á confiaros exige tanto valor como habilidad. Tú, *Antor*, vas á enganchar á tu carro dos buenos caballos y á irte con los tuyos por unos días, quizás por unas semanas, hasta que encontréis á las personas cuyas señas van á daros ahora. Si no las encontráis por Guipúzcoa, correos por Aragón, pero siempre cerca de la frontera.

—¿Quiénes son?

—Cuatro jinetes y dos damas. Si los halláis juntos, Helda se acercará á una de ellas, á la morena, y le dirá la palabra de reconocimiento entre nosotros.

—¿Es, pues, de los nuestros, *Madre*?—preguntó la mujer de *Antor*.

—Sí; es Flor. ¿Te acuerdas de ella?

—¡Flor!--exclamó Pepita.--Yo me acuerdo. De chica jugaba con ella, y estoy segura de reconocerla. ¡Maldita sea por haberse hecho cristiano!

Mabel le lanzó una mirada autoritaria.

—¡Eres una bachillera! ¡Eso á ti no te importa! Ella tuvo sus razones—y volviéndose á Helda, continuó:—Cuando estés segura de que es ella, le dirás: «Sígueme, y te llevaré adonde se halla aquel que un día bebió el psaw en nuesrro campamento.»

—¿Y si no halláramos más que á los hombres?—preguntó *Antor*.

—Sería una contrariedad, pues hay que tener mucho ojo y no confundirlos con otros, con los que pasaron por aquí esta mañana, y que son los que encontramos en Pancorbo.

—Á esos ya los conozco.

—Hay otros también; pero Mariquita os dará las señas de los que hay que encontrar. Habla, hija.

Así lo hizo la joven, describiendo primero á Aurora y enseñando á las dos mujeres, para mayor seguridad, el retrato que llevaba al pecho Lagardère. Luego les dió las señas de Chaverny, Antonio Laho y Passepoil, extendiéndose largamente acerca de Cocardasse, su indumentaria, sus facciones, su nariz roja y sus juramentos habituales y expresivos, con lo cual era muy difícil confundirle con otro.

—No hay dos como él en el mundo, y le reconoceréis fácilmente—terminó diciendo.

Todos, y en particular las mujeres, escuchaban con gran atención, archivando en la memoria la menor particularidad. Mabel les dió más instrucciones y los despidió.

Un cuarto de hora después el carricoche de *Antor* separábase de los otros y partía hacia lo desconocido.

—¿Tienes algo que mandarme, *Madre*?—preguntó el jefe del clan.

—Acampad definitivamente; acaso nos quedemos aquí por bastante tiempo. Que las escopetas estén siempre cargadas y al alcance de las manos; pero que no se disparen si no lo ordeno expresamente ó agito una antorcha por la abertura de la roca. Día y noche alguien vigilará para que nadie se acerque á esta gruta. Benassy nos traerá, como ahora lo hace, diariamente, los víveres que necesitamos, y nos servirá de intermediario. Con él me mandas á decir lo que quieras; yo haré lo mismo. ¿Tienes algo que objetar?

—Nada, si nuestra permanencia aquí no pasa mucho de una semana; algo, si se debe prolongar más de diez ó doce días.

—Habla.

—Cuando hayamos saqueado las casas de campo y puesto á rescate los pueblos del contorno para poder vivir, la Santa Hermandad nos arrojará de aquí, y quién sabe si nos prenderá. Los gitanos tienen que andar siempre errantes: en cuanto se estancan, las razas malditas caen sobre ellos.

—Los días se componen de veinticuatro horas, y las semanas de siete días—dijo sentenciosamente la *Madre*.—¿Quién sabe dónde estaremos dentro de una semana? Anda, anda, y haz lo que te he dicho.

Ella misma le acompañó fuera, fijó el empla-

zamiento del campo, habló á todos, buscó en el contorno hierbas cuya virtud curativa conocía, y cuando volvió á reunirse con la joven trituraron entre las dos un hacecillo de plantas y las hicieron hervir, pronunciando las palabras y haciendo los gestos prescritos por la cábala.

Algo más tarde se despertó Lagardère tranquilo, sin fiebre ya, y experimentando cierto bienestar al sentirse acostado en un verdadero lecho y en lugar agradable. Sobre todo le regocijaba la presencia de Mariquita, tan solícita y cariñosa como una hermana. Sin embargo, aunque su enérgica naturaleza triunfase del mal, y aunque los remedios de Mabel le aliviaban sensiblemente, no salía de su melancólico abatimiento.

—¡No puedo esperar más!—dijo una noche á la gitanita, que se esforzaba por infundirle esperanzas.

Dos días más transcurrieron, y se produjo sensible mejoría en su estado. Al otro, el caballero pudo ya levantarse y recorrer su extraña morada apoyándose en los hombros de las dos mujeres. Le agradaba aquel retiro, y tenía gusto en hacer hablar á Mabel, tipo curiosísimo para él y cuyo carácter no lograba penetrar. No concebía que obrase sin un motivo especial, y no podía dar con ese motivo secreto. Era más de lo que necesitaba para excitar su curiosidad.

Benassy hacía frecuentes apariciones en la gruta, y ponía á sus moradores al corriente de lo que ocurría fuera. Desde que tuvo que proveer al sustento del caballero, sus facultades rateriles se habían duplicado: nunca iba con las manos vacías; ora llevaba frutas, ora un capón, ora una botella de vino riojano, ó bien caza fresca, sin costarle un maravedí. Probablemente, si Lagardère hubiera conocido su procedencia no los hubiera aceptado; pero el bribonzuelo no conocía tales escrúpulos, y ponía toda su habilidad y destreza en proporcionarse aquellas golosinas.

Llegó el sexto día sin haberse recibido noticia alguna de *Antor*, y Mabel se sorprendió. Lagardère, que no sabía nada de aquellas pesquisas, hablaba de ponerse en camino. Dormía ya bien por las noches: al pesado sueño de las precedentes, en que la fiebre le agobiaba, habían sucedido reposos saludables con ensueños felices. Velándole, Mariquita se olvidaba de dormir: tan inmensa era su satisfacción al verle recobrar las fuerzas y volver á la vida.

Una noche, sin embargo, se amodorró á la cabecera de la cama del convaleciente bajo la influencia de la tempestad que amenazaba. Gruesos nubarrones cubrían las estrellas; retumbaba el trueno á lo lejos, y la oscuridad era casi completa, lo que es raro en España. En el campo de

los bohemios, abrumados por la pesadez de la atmósfera, todos dormían, incluso el centinela que por orden de Mabel debía velar continuamente.

Una forma ligera pasó por el campamento, sorprendiéndole ver el aduar. Pero, aunque era una mujer, parecía no temer nada. Iba calzada con alpargatas y se deslizaba más que andaba. Nadie la vió. Pronto llegó al matorral, se arrastró, se levantó luego ante la puerta, y sacó una llave del bolsillo para abrirla; entonces reparó que estaba abierta, y sin duda experimentó cierta inquietud, porque llevó la mano al mango de un puñal que sujetaba en su cintura.

—¡Pedro!—llamó.

No oyendo contestación al momento, repitió más fuerte el mismo nombre. No veía nada, pero oyó un leve rumor, y de pronto sintió unas manos callosas de mujer que se ceñían á su cuello. Su primer pensamiento fué clavarle el acero; pero reflexionando que quizás la pobre que la acometía sólo creía defenderse, levantó una rodilla, sacudióse, y envió rodando al suelo á su adversaria, que era la vieja Mabel.

La intrusa creía haber terminado; pero otras manos frías y vigorosas la atenacearon, y un cuerpo joven y ágil se pegó al suyo: un cuerpo de mujer. Quiso hablar, y no pudo. Se trabó una

lucha cuerpo á cuerpo en las tinieblas; no se oía más que el jadear de los luchadores, que en sus movimientos derribaron una silla. Lagardère se despertó sobresaltado.

—¿Qué ocurre? ¡Alumbra, Mariquita!

Al oír la voz desconocida y sentir tan habitada la gruta, creyó la intrusa que había caído en un lazo, y quiso huir. Para ello preiendió hacer uso de su puñal. El frío del acero rozó el brazo de Mariquita, que comprendió que la lucha iba á seguir á puñaladas, y sacó el suyo.

En aquel momento Mabel encendió una antorcha, y el caballero al verlas prontas á apuñalarse gritó:

—¡Alto! ¡Deteneos!

—¿Quién sois? ¿Qué hacéis aquí? ¡Pedro!—exclamó la extranjera.

Sin aguardar respuesta se precipitó hacia el lecho; pero la gitanita se le adelantó y le impidió el paso amenazándola con su puñal, creyendo que la intención de la intrusa era matar á Enrique. La otra, mirando con asombro al convaleciente, dejó caer su puñal y dijo:

—¡Monsieur de Lagardère!

—¿Quién sois?—le preguntó el caballero.

—¡Cómo! ¿No me reconocéis? Soy Jacinta; la vasca, vuestra huéspedea de Bayona. Pero ¿qué hacéis aquí, en casa de mi hermano?

—¿De Antonio?

—No; de Pedro. Un día que me insultó un gentilhombre, le mató y tuvo que huir á España lo que no le impidió guerrear á favor de Francia, y venía á ver si había regresado ya. Hace tres años que vive aquí oculto, y vengo á verle por la noche desde Bayona todas las semanas.

Lagardère le tendió su mano, que ella cogió y besó.

—Es una suerte que haya venido yo antes. Con su genio vivo, Pedro quizás nos hubiera dado que sentir.

Mabel y Mariquita, aunque la miraban ya sin odio, no podían ocultar un resto de desconfianza.

—¿Quiénes son estas mujrces?—preguntó la vasca.

—Es justo—dijo el caballero.—No os conocéis. Mariquita, guarda tu puñal y besa á Jacinta. Sois tan buenas, tan leales y tan valerosas una como otra.

No vacilaron ni medio segundo en cumplir la orden del caballero, y con la sonrisa en los labios, olvidando que habían querido matarse, se abrazaron y besaron. Mabel gruñía aún, sobre todo contra los suyos, que dejaron pasar á la intrusa. Menos mal que Lagardère la conocía; pero ¿y si hubiera sido otra?



Se precipitó hacia el lecho pero la gitanita se adelantó y le obstruyó el paso.

—¿Pretendes echarnos de aquí?—preguntó malhu orada.

—¡\ o! ¡Dios me libre! ¿Por qué me preguntáis eso?—exclamó Jacinta, mirando con autoridad á aquella anciana que hablaba con arrogancia y parecía dispuesta á defender á Lagardère contra el mundo entero.

—Porque este caballero está herido, y mientras no se haya curado no saldrá de aquí.

—¿Qué dice? ¿Estáis herido?

—Ya no es nada. Ellas me han atendido y me han salvado.

—Muy bien—dijo la hermosa hostelera estrechando la mano de Mariquita.—¿No os hice mal antes?

Se besaron de nuevó. Con el pelo suelto por el ardor de la lucha y las mejillas teñidas de púrpura, difícil era decir cual de las dos parecía más hermosa.

Enrique sonreía contemplándolas; pero de pronto se arrugó su frente: acababan de pasar ante sus ojos las imágenes de Aurora y Cruz ataviándose para asistir al baile del Regente.

Jacinta se inclinó, y le preguntó en voz muy baja:

—¿Y mademoiselle de Nevers?

—¡Ay!—murmuró con acento doloroso.—¡No he vuelto á verla!

—Su madre sigue aguardándola en Bayona.

—¡Pobre mujer! ¡Que Dios se la devuelva! ¡Yo creo que no podré.

—¿Quién te lo ha dicho?—interrumpió Mabel. Acabará la noche. ¿Quién sabe si el sol de mañana alumbrará tu dicha?

—¡Una palabra! ¿Dónde mi hermano Antonio?

—¡Ay! Lo ignoro también. Supongo que con Chaverny, Cocardasse y Passepoil. Pero ¿dónde?

—No tenéis derecho á desesperaros mientras no hayáis vuelto á verlos. Quizás sean ellos los que os la devolverán. Voy á quedarme aquí hasta mañana á la noche, y acaso al volver á Bayona pueda llevar excelentes noticias á la señora Princesa.

El caballero cogió á su vez la mano de la vasca, y depositó en ella un ósculo de agradecimiento. Poco después dormía de nuevo, y las tres mujeres en voz muy baja comenzaron á hacerse sus confidencias.



## XV

¡Victoria!

El Sol inundaba de luz los montes, cuyas sombras gigantescas bajaban poco á poco al fondo de los valles; los millares de animalillos ocultos entre las matas, en las ramas, entre las peñas, se deslizaban, se movían, llenaban el aire de cantos y murmullos. Los gitanos entonaban sus cánticos orientales, y Lagardère, ya en pie, había empuñado su espada y se cercioró con satisfacción inmensa de que no le pesaba demasiado y de que podría manejarla en caso de necesidad. Con las fuerzas recobraba la esperanza, y ya pensaba en proseguir sus cabalgadas en busca de su amor.

Por el camino que bajaba serpenteando al mar subía lentamente una tropa de unos treinta hombres. Los centinelas bohemios la habían distinguido hacía buen rato y comunicado la noticia,